

dos á un *stipendium*, á un tributo fijo, cuya mención bastaba para caracterizar su estado de sujeción. El *stipendium* estaba considerado como un impuesto territorial, y éste se consideraba en Roma equiparado al arrendamiento que el que cultiva una tierra paga á su propietario legítimo. Los Estados estipendiarios eran, pues, los que, habiendo sufrido todo el rigor de las leyes de la conquista, no conservaban más tierras públicas ó privadas, á título de precario, que las que les concedía la liberalidad del vencedor, después de su expropiación total. En tal categoría entraban, con raras excepciones, todas las ciudades comprendidas en los límites de la Transalpina. De todos modos, por tolerancia se las dejaba que se gobernasen, como las más favorecidas, siguiendo sus costumbres nacionales. Tenían sus príncipes, cuyos nombres figuran á veces en las monedas.

Abortó la política de los Gracos. Pocas eran las colonias romanas. Su sistema de colonización, copiado del



Moneda de la familia de los Fonteyos

de Italia, no pasó del estado de proyecto. Sin embargo, no fué del todo estéril su iniciativa en la Galia. Dos años después de la muerte de Cayo, en 118, Licinio Craso arrancó al Senado la ejecución de uno de los últimos proyectos del tribuno, la fundación de la colonia de Narbona, Narbo Marcio, por estar dedicada á Marte. Los cientos de ciudadanos romanos instalados por su orden y por sus cuidados en el emporio céltico, implantaron en el seno del elemento indígena las costumbres, la lengua y las instituciones de la madre patria. La colonia, que más tarde debía dar su nombre á la provincia, se desarrolló con rapidez. Estaba situada en el camino de España y bastante lejos de Marsella para no tener que temer su rivalidad. Desgraciadamente, como no se fundaron otras colonias semejantes, tuvo muy limitada influencia.

Lo mismo ocurrió con los puntos fortificados, que eran poco numerosos. Sólo conocemos dos: uno en Tolosa, que defendía á Narbona, y otro en la orilla izquierda del Ródano, donde actualmente se levanta Aix. Allí fué donde el cónsul Sextio Calvino, después de su victoria sobre los saluvios (124), estableció una guarnición para mantener en respeto á aquel pueblo belicoso. El sitio era estratégico y bien escogido. Domina el valle que comunica la región del Bajo Ródano con la costa ligurina y se eleva en una llanura fértil, junto á los manantiales termales que le han dado nombre *Aquae Sextiae* (Aix), «las aguas de Sextio.» De momento no fué sino un campo atrincherado, apenas una ciudad, menos aún una colonia y de ningún modo un foco de luz para la barbarie que lo rodeaba.

La oligarquía victoriosa patentizó lo que valía en el gobierno de la Transalpina. El Senado se aferraba á sus miras estrechas, á su egoísmo. En aquella hermosa comarca, en aquella preciosa adquisición legada al porvenir por el partido reformador, no vió sino una

presa, un punto de paso, un centro de aprovisionamiento y recluta para sus ejércitos, materia para poderla exprimir sus generales, sus administradores, sus traficantes. Se gratificó á algunos galos con el derecho de ciudadanía á cambio de servicios, pero éstas fueron medidas excepcionales que no denotaron ningún plan de asimilación. El aspecto del país no había variado. Así como es muy rico en inscripciones después del advenimiento del Imperio, es muy pobre de ellas en la época á que nos referimos. El helenismo dominaba aún en el litoral. Apenas la civilización había podido conquistar un rincón á su sombra en la costa occidental, en Narbona. Imponiéndose á aquellos pueblos, Roma no había señalado su presencia por ningún beneficio. No les trajo ni las ventajas de una cultura superior, ni los beneficios de la paz, sino un régimen de opresión y de terror, y no les dejó, desde el principio, otro recurso que las armas.

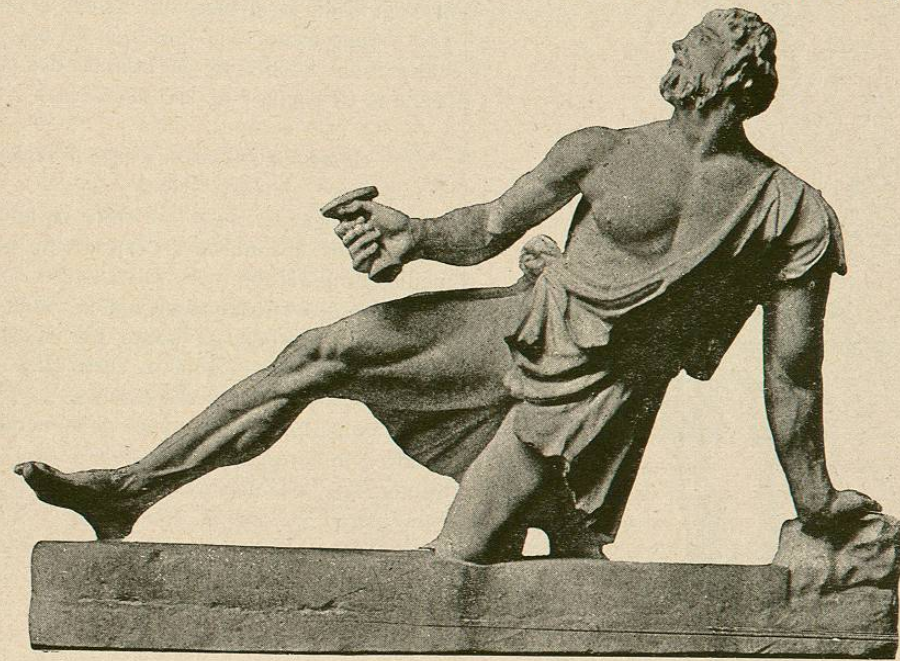
Existe acerca de tal punto un documento instructivo: es el discurso de Cicerón contra Fonteyo. Este gobernó la Transalpina desde 79 á 76. Se le acusó de peculado en 69 por quejas de sus administrados. Aquel discurso, que era un alegato, fué terrible como una acusación fiscal. El abogado no trata de justificar ó de excusar ó de explicar los hechos. Los niega. Pero, negándolos, no puede por menos de citarlos. Los niega, porque recusa el solo testimonio interesado en probarlos, el de las víctimas. En los trozos que se han salvado de la destrucción no hay sino vulgaridades declamatorias contra el enemigo hereditario; por ellas puede juzgarse del resto del discurso.

Si los galos hubiesen tenido que soportar sólo el paso de los ejércitos, las requisas, las levadas, las exigencias de los soldados y de los jefes, las exacciones de los gobernadores, sin duda su suerte hubiese sido miserable, y sin embargo, todo esto no era sino una parte de los males que les afligían. Apenas se había conquistado una nueva provincia, la turba de los capitalistas se ponía en movimiento. Caía sobre el país una plaga de especuladores que se dedicaban á toda suerte de operaciones: unos lograban la concesión de los trabajos públicos, los transportes, los abastos, los impuestos de todo género, directos ó indirectos, tributos, pechos, aduanas, pontazgos; los otros la explotación de las tierras confiscadas, de labores, de pastos: todos, en suma, ejercían la industria predilecta de los romanos, la usura. Prohibida en Italia, hallábase autorizada en las provincias, de tal modo que el negocio más saneado consistía en tomar á préstamo en Roma crecidas cantidades á fin de colocarlas en provincias.

Ya se comprenderá, pues, que los provincianos debían caer entre las garras de esos acreedores implacables. Empobrecidos por la guerra y la conquista, despojados desde un principio de la mayor parte de sus propiedades territoriales, debían satisfacer, aparte de sus obligaciones normales, cargas imprevistas y siempre renovadas. Se procuraban, pues, á un precio cualquiera, el dinero necesario, y de este modo los intereses se unían al capital y los deudores sucumbían bajo el peso de su deuda hasta el punto de verse obligados á satisfacerla por medio de una expropiación total.

No era fácil al gobernador impedir estos abusos. Los hombres de negocios eran omnipotentes. Se hallaban

muy bien organizados en cada provincia y multiplicaban sus fuerzas individuales por la asociación, protegiéndose mutuamente en todas ocasiones (1). Perteneían á esas grandes compañías que habían saqueado el mundo entero y cuyos principales accionistas, residentes en la capital, manejaban á su antojo los comicios, el Senado, los tribunales. Siendo imposible la lucha, lo más sencillo era concertarse y compartir los beneficios. Uno de los motivos de la acusación contra Fonteyo era que éste había hecho la vista gorda acerca de la reparación defectuosa de las carreteras; otro motivo consistía en haber imaginado todo un sistema de consumos para la circulación de los vinos. Cicerón elogia en uno



Galio herido. (Museo de Venecia.)

de sus discursos al sucesor de Fonteyo, Licinio Murena, que reembolsó á varios ciudadanos romanos créditos que se juzgaban perdidos. Ya se comprenderá lo que significa semejante elogio y todas las iniquidades y violencias que implicaba tal medida. Menos indulgente para su enemigo Clodio, condena duramente su conducta durante la época en que ejerció, con Murena, el cargo de cuestor. Le echa en cara no sólo contratos vergonzosos, sino también atentados contra particulares.

Los romanos no habían realizado aún por completo su conquista cuando se vieron amenazados por la invasión de los cimbras y de los teutones. Este movimiento no era sino una consecuencia de las emigraciones célticas, que seguidas inmediatamente de las de otros pueblos, revelaron á Roma el peligro germánico y la existencia de los pueblos germanos.

Lo mismo que todas las hordas que durante muchos siglos debían hostilizar las fronteras del Imperio, los cimbras y los teutones pedían establecerse en tierra romana. Después de vagar muchos años por las regiones danubianas, cruzaron el territorio de los helvecios, arrastraron en pos de sí, con el cebo del botín, parte de esta nación, las dos tribus de los toygenos y de los

109
106
106
106

figurinos, y aparecieron el 109 en los confines de los alobroges, donde derrotaron al cónsul M. Junio Silano. Unicamente los helvecios aprovecharon este éxito para continuar su avance. Se dirigieron hacia los países del Sudoeste, cuya posesión ambicionaban y que cincuenta años más tarde debían hacer abandonar de nuevo sus montañas. Les hallamos en 107 en el país de los nitióbrigos, donde derrotaron por segunda vez á los ejércitos romanos. El cónsul Casio Longino pereció con su legado en la batalla, y el resto de las legiones no pudo salvarse sino capitulando y pasando bajo el yugo. Al enterarse de esto los tolosatos se sublevaron y pasaron á cuchillo á su guarnición. Por

fortuna ya no estaban allí los cimbras y los teutones. Se habían lanzado sobre la Galia del centro y del Norte y las asolaban sin piedad. Los galos se encerraron en sus *oppida*. Los sitiados se vieron obligados á comer carne humana. Sólo los belgas se resistieron con ventaja. Esta tregua permitió al cónsul Q. Servilio Capio apoderarse de nuevo de Tolosa en 106. Al año siguiente los invasores reaparecieron en la Transalpina después de dejar en pos de sí un destacamento que al fin figuró entre los pueblos del Belgio con el nombre de aduáticos. El Senado les opuso tres ejércitos mandados por M. Emilio Escauro, Q. Servilio Capio y Cneo Malio Máximo. El primero fué destrozado y los otros dos se reunieron en Arausio (Orange). Esto no les libró de un desastre tan grande que Roma no lo había visto igual desde Cannas. Italia se hallaba indefensa; pero los bárbaros no aprovecharon tan buena ocasión y se dirigieron á España.

Al volver de la península, ya era tarde para ellos. El partido oligárquico, al que se hizo responsable de tan repetidos fracasos, entregó el mando al vencedor de Yugurta, á Mario. La muchedumbre de los invasores se dividió en dos grupos, uno de los cuales, el de los cimbras, debía franquear los Alpes centrales, mientras el otro, compuesto en su mayoría de teutones, pasaría por

(1) Segunda parte, libro I, capítulo III, párrafo 1.º

la Galia del Sudeste. Desde el campo en que se había atrincherado junto al Bajo Ródano y donde rehizo su ejército, Mario vió desfilar durante seis días á los hombres, á las mujeres y á los bagajes, y luego, dándoles alcance en Aix, les aniquiló (102). La victoria de Vercel, alcanzada el año siguiente sobre los cim-
102 bros, completó su triunfo y aseguró en definitiva la salvación de Italia.

A no mediar la repugnancia que á los galos del Me-



C. Mario. (Museo Capitolino.)

diódia inspiraba la ferocidad germánica, es de creer que estos sucesos les hubieran impulsado á sublevarse. Prueba de ello es el movimiento que se produjo en Tolosa después de la victoria de los helvecios. Estalló la rebelión cuando los oprimidos creyeron encontrar entre los mismos romanos un vengador y un caudillo. Sertorio había reconstituido en España el partido democrático (82-72); inspirándose en las ideas de los Gracos, prometía á los provincianos la mejora de su suerte. Sus promesas hallaron favorable acogida en la Galia. Esta se hallaba en plena insurrección cuando
77 Pompeyo la cruzó el 77 antes de J. C. para restablecer la autoridad del Senado allende el Pirineo. Se abrió paso espada en mano á costa de grandes sacrificios. Fonteyo, que quedara atrás, vióse reducido á libertar á Narbona y Marsella. Algunos años más tarde C. Calpurnio Piso (66-64) dominó un nuevo alzamiento. Entonces ocurrió un episodio conocido que se refiere á uno de los hechos más importantes de la his-

toria íntima de Roma. Los alobrogos, cansados de la guerra, habían enviado al Senado una diputación que no consiguió respuesta favorable. Era el momento en que Catilina tramaba su conjuración. Los conjurados buscaban aliados. Pensaron encontrarlos entre los galos, y confiaron su proyecto á los diputados alobrogos que les denunciaron (63). Por medio de esta traición
63 pensaron los alobrogos favorecer la causa de su patria. Debieron contentarse con recompensas personales. Una insurrección realizada el 61 fracasó lo mismo que las anteriores.

Así las cosas, apareció el hombre que debía completar la sumisión de la Galia á la vez que conducirla por el camino de la civilización. El día 1.º de enero del 58, C. Julio César tomó posesión de un gobierno que comprendía, además de la Iliria, las dos provincias galas de la Cisalpina y de la Transalpina.

II.—Campana de César (58-50 antes de J. C.) (1)

La conquista de César fué obra de ambición personal, á la vez que un acto de prudente política y una medida de previsión y de salvación, si no para Roma, para las posesiones romanas en la Galia. La invasión germánica, detenida un punto por la derrota de los cimbrós y teutones, siguió su curso. Las naciones célticas, ocupadas en sus disensiones, no podían luchar contra aquel torrente. Después de sumergirlas, les amenazaba con llevarlas junto con sus vencedores hasta las fronteras de la Transalpina. Se imponía la intervención. Era tiempo de que la dominación romana avanzase hasta el Rhin ó retrocediese hasta los Alpes.

Los galos habían atraído sobre la Galia este azote. La caída de la hegemonía arvernia hizo que los secuanos cayesen bajo la supremacía de los eduos. La tiranía de éstos impulsó á aquéllos á implorar la ayuda de Ariovisto. Era éste uno de los jefes que vagaban por Germania en busca de aventuras y botín. Dos batallas le bastaron para vencer á los eduos; pero los secuanos no hicieron sino cambiar de amo, y el nuevo yugo les hizo echar de menos el antiguo. De mercenario, Ariovisto se convirtió en soberano. Los pocos millares de guerreros que había llevado consigo se multiplicaron en proporciones enormes. Harudos, marcomanos, tribocos, vangiones, nemetes, suevos, acudieron de todas partes. Les distribuyó tierras, impuso tributos, exigió rehenes. Correspondía á Roma defender á sus aliados. Se trataba de su seguridad y de su honor. Pero en vano el eduo Diviciaco invocó las promesas hechas á su na-

(1) FUENTES.—César, *Guerra de las Galias*. Consúltense las *Vidas de César* por Suetonio y Plutarco, Dion Casio, XXXIX y XL, y Floro, III, II.

OBRAS DE CONSULTA.—Duque de Aumale, *Alsacia. Estudios sur la septième campagne de César*, 1859. De Sauley, *Les campagnes de Jules César dans les Gaules*, 1862. Napoleón III, *Histoire de Jules César*, II, 1866. Réville, *Vercingétorix*, «Revue des deux mondes», 1877. Stoffel, *Guerre de César et d'Arioviste*, 1890. Desjardins, *Géographie de la Gaule*, II. Fustel de Coulanges, *La Gaule Romaine*, 1891. Rice Holmes, *Cesar's conquest of Gaul*, 1899. Es difícil restablecer las identificaciones topográficas á causa de la vaguedad de los relatos de César. Las excavaciones practicadas por orden de Napoleón III han resuelto la cuestión de Alsacia en favor de Alise-Sainte-Reine en Borgoña. Véase Barthélemy, *Alsacia. Son véritable emplacement*, «Revue des questions historiques», 1867.

ción. De su misión no trajo más que vagas esperanzas. Entretanto el Senado negociaba una alianza con Ariovisto y le confería, como antes á los eduos, el título de amigo de los romanos (59). Las dificultades
59 de orden interior con que tropezaba Roma explican este acto de debilidad. A lo que parece, César, que entonces era cónsul, nada hizo para evitar tal abandono.

Alentada por este ejemplo, se agitaba la Germania entera. Los usipios, los teucteros, arrojados de su país por los suevos, se preparaban para franquear el Ródano por su desembocadura. Los suevos, por su parte, se concentraban á lo largo de ese río, entre el Sieg y el Main. Más al Sur se comunicaba á los pueblos célticos tal impulso, que una vez más conmovió y arrojó de sus montañas á los helvecios. Estaban en el extremo límite de la Galia, en primera línea para recibir el choque. De su emigración reciente conservaban algo de ese gusto vagabundo que antes animara á todas las tribus de su raza. Por último, desde que se establecieron en sus montañas, contemplaban con envidia las fértiles llanuras en las que otros les habían precedido. Habían hecho causa común con los cimbrós é infligido á los romanos una derrota cuyo recuerdo excitaba su orgullo. Añádanse á todo esto las exhortaciones de Orgetórix, que les impulsaban á un éxodo del que sería el jefe, con lo cual satisfaría su ambición. La conjura que urdió



Denarios de plata de Orgetórix (1)

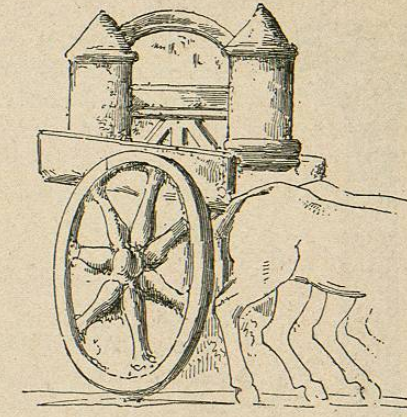
para apoderarse del poder supremo abortó, y él mismo se vió obligado á darse la muerte; pero los proyectos formados por él no se echaron en olvido. Se quemaron ciudades y aldeas, se destruyeron los víveres que no se podían llevar y se acomodaron en carros los viejos, mujeres y niños. El movimiento se propagó á los pueblos vecinos desde el Rhin hasta los Alpes Nórlicos, los rauracos, los tulingos, los latovicos, los boyos. Empezaba de nuevo la invasión cimbra.

Pretendían los helvecios penetrar hasta el país de los santones. El camino más recto estaba encajonado entre el Ródano y el Jura. Resolvieron ganar la orilla izquierda de aquél con objeto de volver á la derecha después. No faltaban vados entre el paso de la Ecluse y Ginebra; pero la provincia romana empezaba al otro lado, y César, después de negarles el paso, se dispuso á defenderlo contra todo ataque. Había abierto trincheras en los puntos más accesibles. Su actitud rechazó á los asaltantes hacia otro camino. Mientras desfilaron con forzosa lentitud, César reunió todas las fuerzas disponibles y corrió á cerrarles el paso por el valle del Saona. Los eduos, perjudicados por la invasión, imploraron el auxilio de las legiones que por vez primera aparecieron más allá de los límites de la Transalpina.

(1) En el anverso, el busto de Diana y la palabra EDVIS; en el reverso, un oso y la palabra ORGETIR (Orgetórix).

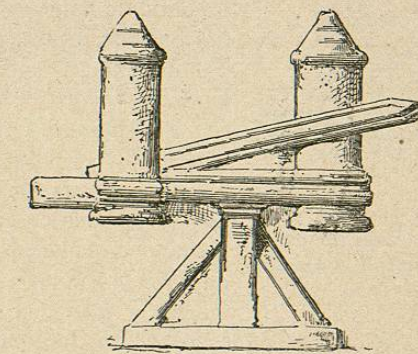
Libróse en los alrededores de Bibracto una batalla decisiva. Los restos de la inmigración helvética se felicitaron de poder volver á su país. Los boyos se establecieron en el territorio de los eduos y pasaron á formar parte de la clientela de éstos.

Nada significaba haber rechazado á los helvecios si



Máquina de guerra arrastrada por caballos (De la columna Trajana)

se dejaba libre el campo á Ariovisto. El jefe germano, al aproximarse los romanos, se dirigió á Vesontio (Besançon), capital de los secuanos. Quería fortificarse allí. César se le anticipó; pero tal era el terror inspirado por aquellos bárbaros, que sus soldados apenas se atrevían á seguirle. El mismo entabló negociaciones ó aparentó entablarlas. Se vió entonces hasta dónde llegaba la longanimidad del Senado. Ariovisto se mostró arrogante en extremo. Reputaba suya aquella parte de la Galia, abandonando la otra á Roma. Había retrocedido hasta las llanuras de la Alta Alsacia hasta llegar
58 á su línea de retirada. La derrota que allí padeció fué tan completa como la de los helvecios. Le acosaron los romanos hasta el Rhin (58).



Máquina de guerra montada en tierra (De la columna Trajana)

César apareció ante los galos como un libertador. Muchos de ellos le felicitaron después de la expulsión de los helvecios. A instancia de los mismos galos, emprendió la guerra contra Ariovisto. Cuando ésta terminó, dejó entrever sus verdaderos deseos. El ejército romano estaba concentrado en la Transalpina. Nada indicaba que se dispusiese á evacuarla después de haberla libertado. Como los secuanos después de su lla-